

LA COLECCIÓN *DEVENIR* Y SU NÚMERO CIEN

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

En las páginas preliminares del libro que reseñamos, un homenaje *A Gerardo Diego*, subtítulo *En el centenario y los cien de Devenir*¹, ha quedado escrito que el poeta de Santander glosó la amistad en su poesía, y la dejó presente y viva en muchos de sus versos. Un poema de 1976, justamente titulado “La amistad”, dedicado en homenaje a un amigo muerto, el bibliófilo murciano Antonio Pérez Gómez, marca, en plena senectud, el sentido que para él posee esta virtud humana. El poema lo difundió, tras el *Libro-Homenaje*, publicado por la editorial “La fonte que mana y corre” (Cieza, 1978), a través de su antología *Cometa errante*, y figura en la *Poesía completa* entre los poemas recogidos en *Hojas*. Con el símbolo del fuego que se propaga y nunca se consume, abre el poeta una canción llena de poderosa fuerza espiritual. La amistad existe por encima del tiempo como virtud eterna y como sistema de correspondencia vital. La amistad es permanente y la muerte no la interrumpe.

La obra en prosa de Gerardo Diego manifiesta igualmente ese sentido de la amistad, y son numerosos los textos que se conservan en los que los amigos están presentes junto a los recuerdos, cuyo valor glosa el poeta en uno de sus más representativos artículos, de aquellos que recogen la memoria de un poeta. “El valor de los recuerdos”, en efecto, se titula un hermoso artículo publicado en *Arriba* el 15 de abril de 1979, que nos introduce en una de las atenciones constantes del poeta: el paso del tiempo, su transcurrir, las modificaciones acaecidas a lo largo de su vida, que una memoria constante va enumerando y comparando. En el artículo que comentamos Gerardo crea un clima de senectud auténtico ya que valora la importancia de lo vivido y su reflejo a lo largo de su obra: “La vida sigue, sigue siempre. Y cada vez que se muere un amigo, un admirado, un lector, un pariente, no sólo se muere, se muere para la historia y la memoria, sino que además se me muere a mí, personalmente, me disminuye, me deja en soledad de duelo y de oración. Porque por mi gusto y por mi vocación, todo lo que ha cabido en mi memoria lo he trasladado a mis papeles, impresos o inéditos, y ellos responden

1. *A Gerardo Diego. En el centenario y los cien de Devenir*; Devenir, Humanes (Madrid), 1996.

y responderán de mí a los curiosos pertinentes e impertinentes...”

Y, del mismo modo, entonando el mismo canto de amistad imprecadera y de aprecio a la obra bien hecha, como tributo a quien creyó por encima de todo en la amistad, la cantó y la glosó en el recuerdo inolvidable de los amigos, un grupo de amigos de Gerardo Diego se ha reunido en torno a su centenario y al centenario de un proyecto editorial. El editor de la colección de poesía “Devenir”, Juan Pastor, ha querido, al llegar al número cien de su impecable colección de libros, hacer coincidir la centenaria cifra de sus libros con la centenaria cifra de los años que hubiera cumplido Gerardo Diego de no haber muerto en 1987, y ha querido que ambos centenarios cristalicen en un libro, de manera ingeniosa, doblemente conmemorativo.

Hay que decir algo de Devenir y de sus cien libros. Editados con una dignidad escueta, con una fidelidad real a la buena poesía, a lo largo de cien entregas, Pastor ha dado a conocer cien magníficos poemarios que, sin duda, ocupan en su conjunto un lugar muy importante en la poesía española contemporánea. Sin desmerecer de ninguno de los cien poetas, es preciso señalar que nombres ya consagrados para la historia están en la colección. Y para no nombrar a nadie, porque lo justo sería nombrarlos a los cien, hay que leer sus nombres y el título de sus libros, que figuran en las solapas de este volumen homenaje a Gerardo Diego. El lector que conoce la colección, ya sabe de su calidad. El que no la conoce, por esta relación puede darse idea de la seriedad del proyecto, de la trascendencia de lo publicado, y de la continuidad de los resultados, que desde todos los puntos de vista nos llaman la atención. Edición cuidada, buena presentación, belleza exterior del libro. Un verdadero logro colectivo representado en cien empresas.

El número cien es *A Gerardo Diego. En el centenario y los cien de Devenir*, un libro en el que Juan Pastor ha convocado a treinta y cinco poetas que han escrito otros tantos poemas en homenaje al maestro, flanqueado por un prólogo de un profesor y estudioso del poeta, que ha glosado la relación, antes recordada de Gerardo Diego y la amistad, y un epílogo, debido al excelente poeta y crítico Pere Gimferrer. Merece la pena que lean con detenimiento el epílogo, en el que Gimferrer hace un magnífico recuerdo de Gerardo Diego en dos tiempos o en dos estancias, comunicadas en fervorosa admiración y en rendida lealtad a Gerardo Diego, al que considera el poeta por excelencia y no sólo el escritor de poemas que también lo era. Destaca el epiloguista la capacidad de Gerardo para ser no uno sino varios poetas al mismo tiempo y mantener siempre la altitud moral y estética de quien creía en lo que estaba haciendo. Justamente, los recuerdos de Gimferrer confirman la verdad de unas admiraciones que ya fueron demostradas cuando, en 1972, editó, en un magnífico volumen, toda la *Poesía de creación* de Gerardo, como él llamaba precisamente a su poesía de vanguardia. Las preferencias de Gimferrer por la *Fábula de Equis y Zeda* confirman la seriedad de unas páginas que no han de pasar inadvertidas a la crítica especializada por la

autoridad y la seriedad con que están escritas. Gerardo Diego las merece y en este precioso libro quedan, libro precioso no sólo por el artículo de Gimferrer sino por los poemas que contiene. Y también, qué duda cabe, por el magnífico texto inédito de Gerardo Diego sobre “La cosntrucción del soneto shakespeariano”, ejemplo de acierto crítico y de comprensión de poeta contemporáneo a poeta clásico.

Una nube de alondras, de espumas con manual, de humanos versos, de romances para la novia cruzan, entre la suerte y la muerte, persiguiendo la evasión de la imagen, por los versos mayores y menores. Los nocturnos, Chopin, Debussy, Beethoven o Wagner, Haydn y Falla, son músicas que cruzan geografías desde Santander a Soria, desde Sevilla a Gijón, jándalo en Cádiz, luz en Málaga, árboles en Granada. Y el silencio. Y la sombra. Y la plomada de la torre de Sevilla, las luces del mar Cantábrico, los vinos del barrio de Santa Cruz, y las sevillanas bailando sevillanas, y los jardines de la Alhambra. El monumento sedente de Santander con los niños trepando por las rodillas del maestro. Y Aranjuez, y Madrid, y el “Gijón”, y el silencio, siempre el silencio.

La Fábula de Equis y Zeda, traducida al checo compite con el asombro ante la luz y la trampa para cazar gacelas de Gala, o la calderilla del Calderón de Aquilino Duque, o las tres verdades de la religión católica, que confluyen en una sola: la fe, la fe en la poesía. Las azucenas de Rafael tienen camisas blancas mientras la Córdoba de Juana reza el ángelus y evoca a Góngora. Jacinto Luis recorre nombres y títulos mientras Luis Alberto evoca religión. Micó, desde Barcelona, homenajea sus canciones: “yo sé por qué te llamo / blanca y azul”. Y a las seis, si el tiempo no lo evita, levitará el poeta, en palabras de Pérez Estrada. Y también “este amor que conmueve y que vincula / hacia un poeta me alza y me conciencia “ de Francisco Pino en su voz de admiración y de veintisiete. Y el silencio, siempre el silencio.

Porque el silencio, como recuerdo, se hace protagonista de muchos de los versos de este homenaje singular, y es que el libro se abre con un poema que dice en su título: me gusta el silencio. Y el silencio, recordado por tantos, el silencio de Gerardo Diego, digo Diego y Cendoya, marcará el ritmo de poemas y evocaciones. Adolfo Ares titula su poema “Me gusta el Silencio” y recuerda el verso “la voz se hará silencio”. En uno de los suyos escribe: “A veces me gusta vivir sobre el silencio” y el recuerdo de una realidad vital se hace en el silencio. José Juan Díaz Trillo, en “Escenografía” abre su poema “Templado el clima de la tarde / y una herida de cal abierta en el silencio”. Concha Zardoya, que nos lo evoca en su Soria, pero no como un elemento más del paisaje, sino a través de su lectura como un pintor o un escultor del paisaje, hace igualmente evocación del silencio de Gerardo: “Desde Soria nos llama tu silencio” Y María Socorro Latasa lo recupera a través de sus versos y de sus libros y lo sitúa viniendo de su paisaje del Norte: “llegaba de un silencio a veces lleno de pájaros”. Pero queda el silencio, y la sombra, y la soledad, y el prodigio isleño. Luis Antonio de Villena así lo evoca. “Dicen que se quedaba en silencio / Largas horas. En silencio. / Se llama sufrir.

No es agua muerta. Un pantano / en silencio. Hay vértigos adentro.” Pero no, no era silencio de verdad. Su silencio era elocuente, y su verso fluyente superaba a ese mítico silencio que han legado con su voz los poetas. Anglada lo cuadra en sus endecasílabos: “Tan sólo hablaba cuando era necesario”.